

---

## EL PASADO COMO *LOCUS AMOENUS*: HISTORIA Y SIMBOLOGÍA EN LOS POPULISMOS EUROPEOS DEL SIGLO XXI<sup>1</sup>

### *THE PAST AS A LOCUS AMOENUS: HISTORY AND SYMBOLISM IN THE EUROPEAN POPULISMS OF THE 21st CENTURY*

JUAN FRANCISCO FUENTES  
Universidad Complutense de Madrid  
[fuentes.juanfrancisco@gmail.com](mailto:fuentes.juanfrancisco@gmail.com)

---

**Resumen:** Este artículo propone un enfoque pragmático en el estudio de los populismos europeos del siglo XXI, basado no en la búsqueda de una definición canónica válida para todos ellos, sino en el análisis de los usos del pasado que realizan como parte fundamental de su discurso político. A partir de un censo de elaboración propia de 46 partidos populistas, reforzado por múltiples testimonios gráficos (vídeos, fotografías, carteles, etc.), se ofrece una interpretación pormenorizada de la relación que estos partidos establecen con el pasado nacional y del papel que su simbología *vintage* desempeña en los “rituales de unanimidad” que caracterizan al populismo.

**Palabras-clave:** Populismo, historia, pasado, simbología, Europa.

**Abstract:** This article proposes a pragmatic approach to the study of the 21<sup>st</sup> century European populisms, based not on the search of a canonical definition valid for all of them, but on the uses of the past as a fundamental part of their political discourse. Using a census of 46 political parties made by the author, which is reinforced by multiple graphic testimonies (videos, photographs, posters, etc.), the article offers a thorough interpretation of the relationship that these parties establish with the national past and the role that their vintage symbolism plays in the “rituals of unanimity” that characterise populism.

**Keywords:** Populism, history, past, symbolism, Europe.

---

<sup>1</sup> Este artículo es resultado del proyecto PID2020-116323GB-I00 (MICINN). Una primera versión del mismo se presentó como curso de doctorado, con el título “Usos del pasado en los populismos europeos del siglo XXI: Retórica e iconografía”, en el Centro de História de la Universidade de Lisboa en abril de 2021. Agradezco al Centro de História y en particular al profesor Sérgio Campos Matos su invitación a participar en las actividades del Centro con este curso de doctorado y a los profesores José Carlos Rueda Laffond y Marie-Angèle Orobon sus comentarios al original de este texto.

“El pasado es impredecible.”

Proverbio ruso

“La modernidad es paradójicamente la época  
en la que se multiplican las tradiciones.”

Javier Fernández Sebastián  
*Historia conceptual en el Atlántico ibérico*  
Madrid-México, FCE, 2021, p. 19

## I.- Introducción

“Few [terms] have been defined with less precision”<sup>2</sup>. Esta afirmación sobre el populismo realizada por Ernest Laclau, uno de sus grandes teóricos en América Latina, sintetiza un estado de opinión muy extendido en los más diversos ámbitos: la creencia de que se trata de una ideología muy difícil de definir y que en ello radican en parte su singularidad y su éxito. Son numerosos los autores de toda índole que han señalado esta circunstancia. Pierre-André Taguieff se refirió a la existencia en torno al populismo de un “persistant désordre sémantique”<sup>3</sup>, para Margaret Canovan es un término “notoriously vague”<sup>4</sup> y Paul Taggart destacó su carácter particularmente resbaladizo (“a conceptual slipperiness”)<sup>5</sup>. Entre las razones de esta supuesta anomalía, una podría ser el componente irracional del populismo, un discurso político, en palabras de Ivan Krastev, dirigido a las “tripas” de la gente –“an emotional, simplistic, and manipulative, discourse directed at the ‘gut feelings’ of the people”–<sup>6</sup>, que, según Laclau<sup>7</sup>, requiere una aproximación intuitiva, más que normativa. Solo así parece posible captar su instinto básico, ese cóctel de pasiones, a menudo contradictorias, que utiliza para movilizar a los suyos y demonizar a los otros y consigue provocar, al decir de Pierre Rosanvallon, una

<sup>2</sup> LACLAU, Ernesto: *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, Atlantic Highlands, N.J., Humanities Press, 1977, p. 143.

<sup>3</sup> TAGUIEFF, Pierre-André: “Le populisme et la science politique: Du mirage conceptuel aux vrais problèmes”, *Vingtième Siècle*, 56, octubre-décembre, 1997, p. 7.

<sup>4</sup> CANOVAN, Margaret: “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies*, nº 47 (1), 1999, p. 2.

<sup>5</sup> TAGGART, Paul: *Populism*, Buckingham, Open University Press, 2000, p. 1.

<sup>6</sup> KRASTEVA, Ivan: “The Populist Moment”, *Eurozine*, 18 de septiembre de 2007, <http://docplayer.net/36830848-Ivan-krastev-the-populist-moment.html> [consultado el 2 de abril de 2022].

<sup>7</sup> LACLAU, Ernesto: *Politics and Ideology in Marxist Theory*, p. 76.

auténtica “corrupción cognitiva”<sup>8</sup> en la ciudadanía. Otra razón sería el rechazo y la mutua incompreensión entre el populismo y unas élites culturales que suelen tener un papel determinante en la acuñación y definición de conceptos<sup>9</sup>. Que sea un fenómeno tan contrario a una visión logocéntrica del mundo y que gire en torno a una noción como “pueblo”, provista a su vez de múltiples significados y matices, podría explicar el reto intelectual que supone establecer una definición válida del populismo en sus diversas manifestaciones.

Si hay un amplio consenso sobre la dificultad de este empeño, lo hay también sobre la fuerte carga emocional de su discurso y de su práctica política. De ahí la tendencia del populismo, cualquiera que sea su orientación, a servirse de un lenguaje simbólico, más de imágenes y sonidos que de palabras y conceptos, y ponerlo al servicio de un maniqueísmo radical<sup>10</sup>: nosotros y ellos, el pueblo y las élites, la gente y la casta, arriba y abajo... Esa polarización simplificadora de los conflictos sociales constituye, sin duda, una de sus principales características, lo mismo que su propensión a encarnar la legitimidad popular en liderazgos fuertes y carismáticos o el uso de categorías morales, como virtud, pureza o corrupción, en el trazado de aquellos *cleavages* que dan sentido a su visión de la realidad. Pero la acumulación de rasgos más o menos privativos del populismo, como la que proponen Bram Spruyt, Gil Keppens y Filip Van Droogenbroeck<sup>11</sup>, sigue siendo insuficiente para resolver la gran aporía que plantea a los estudiosos: nada menos que “definir lo indefinible”<sup>12</sup>.

Este artículo no pretende desentrañar el enigma de su significado, ni siquiera avanzar en la línea, más realista, de un “nominalismo dinámico”<sup>13</sup> adaptado a los particulares avatares históricos del populismo. Su propósito no es otro que profundizar en los mecanismos simbólicos que rigen su actuación y permiten entender el éxito de estos movimientos en el último cuarto de siglo, presidido, según Cas Mudde, por un

<sup>8</sup> ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, París, Éditions du Seuil, 2020, p. 296 [consultado en formato digital].

<sup>9</sup> FUENTES, Juan Francisco: “Populism: The Timeline of a Concept”, en *Contributions to the History of Concepts*, nº 15 (1), 2020, p. 47.

<sup>10</sup> OLIVER, J. Eric; RAHN, Wendy M.: “Rise of the Trumpenvolk: Populism in the 2016 Election”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, nº 667 (1), 2016, p. 202, <https://doi.org/10.1177/0002716216662639>.

<sup>11</sup> SPRUYT, Bram; KEPPENS, Gil, y VAN DROOGENBROECK, Filip: “Who Supports Populism and What Attracts People to It?”, *Political Research Quarterly*, 69, nº 2, 2016, p. 2; doi: 10.1177/1065912916639138.

<sup>12</sup> MUDDE, Cas: “The Populist Zeitgeist”, *Government and Opposition*, nº 39 (4), 2004, p. 542.

<sup>13</sup> HACKING, Ian: *Historical Ontology*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2002, p. 106.

intenso “populist Zeitgeist”<sup>14</sup>. En realidad, cuando, en 2004, Mudde utilizó esta expresión el nuevo milenio y la ola populista que trajo consigo no habían hecho más que empezar. Las frecuentes referencias de otros autores, antes incluso del cambio de siglo, a un “populist moment” o a un “populist turn”, a veces situados en periodos relativamente lejanos de la historia, señalan una circunstancia que parece inherente al propio fenómeno, y es su naturaleza discontinua, como si se tratara de una sucesión de experiencias históricas sin una conexión clara entre sí. Esa trayectoria guadianesca ayuda a entender también el problema de su caracterización, porque sus apariciones y desapariciones estarían vinculadas a coyunturas históricas y a escenarios geográficos diversos y cambiantes que hacen muy difícil fijar una etiología común.

A los consensos, ya indicados, sobre la interpretación del populismo habría que añadir el convencimiento, asimismo ampliamente compartido, de que estos últimos años constituyen uno de los “momentos populistas” que jalonan la historia contemporánea desde finales del siglo XIX, cuando se acuñó el término en inglés, en Estados Unidos, y, casi sin solución de continuidad, pasó a Europa<sup>15</sup>. El nuevo ciclo populista que vivimos desde los años noventa del siglo XX ha ampliado notablemente el número de partidos de esta condición, creados como respuesta a las diversas crisis que se han sucedido desde entonces, y ha demostrado hasta qué punto el populismo se nutre del pasado en la representación de sus “rituales de unanimidad”<sup>16</sup>, una vieja tradición política que, junto al nacionalismo –su hermano gemelo–, ha llevado al paroxismo como expresión de su utopía y, sobre todo, de su ucronía comunitaristas.

Incansables en la búsqueda de lejanos mitos fundadores que legitimen su proyecto, los nuevos partidos populistas ofrecen a los historiadores un excelente campo de experimentación para el estudio de los usos discursivos del pasado: alegorías, emblemas, himnos y figuras históricas, desde Juana de Arco hasta Garibaldi, que les sirven de eficaz reclamo ante la ciudadanía, al tiempo que disimulan sus frecuentes incoherencias programáticas. Para reconstruir ese *locus amoenus* en que convierten una parte del pasado nacional, la presente investigación parte del inventario de símbolos y referencias históricas contenido en un censo, de elaboración propia, de 46 partidos populistas europeos activos en los últimos años. ¿Hasta qué punto un estudio

<sup>14</sup> MUDDE, Cas: “The Populist Zeitgeist”.

<sup>15</sup> FUENTES, Juan Francisco: “Populism: The Timeline of a Concept”, pp. 52-57.

<sup>16</sup> ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme*, p. 245.

sistemático de su simbología y sus lugares de memoria muestra unas tendencias comunes en un universo tan heterogéneo? ¿Qué han visto los populismos europeos del siglo XXI en un pasado a menudo remoto? ¿Qué provocó el “populist Zeitgeist” que ha coincidido con el nuevo milenio? Una aproximación empírica al material simbólico generado por estos partidos y un análisis detallado de su forma de mirar –y manipular– el pasado permiten dar respuesta a estas y otras preguntas y hacer más inteligible este pequeño enigma del mundo contemporáneo.

## 2.- El efecto 2000 era el populismo

Los temores milenaristas que enrarecieron las vísperas del año 2000 no se tradujeron finalmente en la distopía tecnológica que algunos esperaban, pero sí en algunos fenómenos, de efecto más o menos retardado, que acabaron con el optimismo histórico de los *roaring nineties*, según la expresión, no exenta de ironía, acuñada por Joseph Stiglitz<sup>17</sup>. El populismo se puede considerar la principal respuesta al desasosiego provocado por la sucesión de calamidades (geo)políticas, económicas y finalmente sanitarias del nuevo milenio, desde el terrorismo islámico hasta la recesión iniciada en 2008 o la pandemia de covid-19, a menudo asociadas con la globalización. Fue un “efecto 2000” a destiempo, un repertorio de nuevas certidumbres ante el progresivo cuestionamiento de los valores y las certezas de la etapa anterior, con un impacto disruptivo en el comportamiento político y electoral de un sector creciente de la población.

El “populist Zeitgeist” al que aludía Mudde sería, pues, el resultado de las diversas oleadas de malestar que se han ido encadenando desde el derrumbe del comunismo en 1989 y la crisis del marco de seguridad establecido durante la Guerra Fría. Un proceso que ha coincidido con el desarrollo exponencial de Internet y con un cambio en el marco informativo, tras la irrupción de los medios digitales, que ha favorecido la difusión del discurso populista, como ya ocurriera a finales del siglo XIX en Estados Unidos con el People’s Party y la nueva prensa de masas. El Gráfico I de este trabajo muestra el incremento acumulativo de los partidos populistas europeos desde

---

<sup>17</sup> STIGLITZ, Joseph: *The Roaring Nineties. A New History of the World’s Most Prosperous Decade*, New York, Norton, 2003.

los años setenta. No solo no han dejado de crearse, a un ritmo variable, determinado por las circunstancias históricas, sino que los nuevos partidos han venido para quedarse, porque, con contadas excepciones, como el Bloque Flamenco belga (*Vlaams Blok*, 1978-2004) o Forza Italia (1994-2009), es muy raro que una vez fundados desaparezcan. Hay un contexto, por tanto, que favorece su aparición y permanencia en el sistema de partidos de las democracias europeas, aunque sus resultados electorales, por lo general ascendentes, varíen mucho de un país a otro.

Su creación responde a distintos patrones geopolíticos, derivados de unas coordenadas geográficas y temporales específicas. Así, la descomposición de los regímenes comunistas de Europa Central y del Este impulsó en estos países la formación de partidos populistas que fueron, a la vez, causa y consecuencia del fin del comunismo. Si, por un lado, contribuyeron a la desintegración del sistema implantado tras la Segunda Guerra Mundial, por otro, ofrecieron a una parte de la *nomenklatura* comunista una forma de supervivencia política cambiando su vieja ideología oficial por un populismo con fuertes tintes nacionalistas. El carácter iliberal de algunas de las actuales democracias situadas más allá del antiguo telón de acero debe mucho a lo que el nuevo nacional-populismo heredó del régimen anterior. El Fidesz húngaro, fundado en 1988, es un buen ejemplo de ese populismo temprano que contribuyó tanto a acelerar la quiebra final del comunismo como a reciclar a una parte de sus cuadros y militantes, un proceso reconocible en su actual líder, Viktor Orbán, que en unos años pasó de militar, y ejercer algún cargo local, en las juventudes comunistas a integrarse en un partido de ideología marcadamente conservadora. Algo parecido podría decirse del Partido Liberal Democrático de Bielorrusia (*Liberal'no-demokraticheskaya Partiya Belarusi*) y del nacionalista *Partidul România Mare* (Partido de la Gran Rumanía), fundados en 1994 y 1991 respectivamente, este último creado, entre otros, por Corneliu Vadim Tudor, poeta oficial en tiempos de Nicolae Ceaușescu. Nadie encarna mejor esa evolución del comunismo al nacional-populismo que Vladimir Putin, si bien, en coherencia con la cultura antipartido de estos movimientos y su tendencia a crear liderazgos fuertemente personalistas, el putinismo –como antes el berlusconismo– debe verse más como un cesarismo populista que como una organización de masas. Su partido, Rusia Unida, desempeñaría una función meramente instrumental al servicio del nuevo *vozhd* o caudillo.

Tras el fin de la Guerra Fría y la reformulación de la vida política en el centro y este de Europa, una segunda ola populista tendría por escenario algunos países del norte y como origen el malestar social provocado por el aumento de la inmigración y por el impacto de la globalización en ciertos sectores productivos. A veces, esta reacción no se produce tanto contra la globalización planetaria como contra la Unión Europea, contemplada como una amenaza a los intereses materiales del país, a su identidad histórica y cultural y a su plena soberanía nacional. Este populismo del norte tiene entre sus principales exponentes al Partido por la Libertad holandés (Partij voor de Vrijheid, PVV) y a Alternativa por Alemania (Alternative für Deutschland, AfD), fundados en 2006 y 2013, pero incluye también a otros partidos que, aunque nacidos antes del cambio de milenio, mejoraron significativamente sus resultados electorales a comienzos del nuevo siglo. El UKIP británico (UK Independence Party, 1993) y el Frente Nacional francés (1972) ejemplifican este éxito sobrevenido en el contexto favorable del nuevo milenio.

El último impulso en la aparición de formaciones de este signo y en el incremento de su popularidad vino de la crisis económica desencadenada en 2008 y del cataclismo social que provocó entre las clases medias y trabajadoras, en particular, entre las nuevas generaciones. Su principal novedad radica en la mayor proporción, respecto a etapas anteriores, de partidos que pueden identificarse con un populismo de izquierdas, tal como se observa en el Gráfico II de este artículo. También aquí coinciden un determinado marco geográfico (la Europa del sur) y unas coordenadas temporales precisas (2012-2016). Si la ola que arranca de finales del siglo XX tuvo por escenario sobre todo la Europa poscomunista y la segunda los países ricos del norte, la tercera alcanzó especial importancia en la Europa mediterránea, principalmente, en España (Podemos, 2014; Vox, 2013, y la CUP, creada en 1986, pero reactivada en 2012), Italia (Movimiento Cinco Estrellas, 2009), Grecia (Griegos Independientes [Anexartitói Ellines, ANEL], 2012, y Syriza, 2013)<sup>18</sup>, Francia (La France Insoumise, 2016) y Montenegro (Partido de los Trabajadores [Radnička Partija], 2015). La fuerte polarización que introdujeron en la vida política –basta pensar en lo que representan, en el caso español, Podemos y Vox, o el Frente Nacional y la France Insoumise en el país vecino– recuerda la “teoría de la herradura” aplicada por Jean-Pierre Faye a la crisis de la

---

<sup>18</sup> Aunque Syriza se organizó inicialmente como coalición, se toma como fecha de su fundación el momento en el que se constituyó en partido político unitario (julio de 2013).

Alemania de Weimar<sup>19</sup>. Como entonces, partidos antagónicos, ubicados a uno y otro lado de la parte inferior de la herradura, están más cerca entre sí que respecto a aquellos otros que ocupan el centro del sistema, al compartir un diagnóstico similar sobre las disfunciones de la democracia parlamentaria y denunciar el espíritu disolvente que el liberalismo introduce en la vida nacional. Frente a ello proponen la recuperación de la unanimidad perdida inspirándose en un pasado mítico en el que el pueblo habría gozado de la plenitud de su personalidad y de sus derechos. Los partidos situados en los dos extremos de la “herradura” coinciden en postularse como defensores de las víctimas de unas élites inicuas, pero difieren en su visión del sujeto político que dicen representar y, en menor medida, en la naturaleza de esas “élites extractivas”. Mientras el destinatario del populismo de derechas se parece mucho al pueblo-nación del nacionalismo clásico, la izquierda populista lo concibe más bien como pueblo-trabajador o pueblo-explotado, aunque provisto, como en el primer caso, de un trasfondo identitario.

Una y otra vertiente del populismo buscarán en la historia una legitimidad inalterable fundada no en dudosas y cambiantes mayorías electorales, sino en una concepción ontológica del “verdadero” pueblo. Los mitos, símbolos y personajes legendarios que dan lustre a su retórica y a su iconografía crearían la ilusión de que ese “significante vacío” (Laclau) que es el “pueblo” en su acepción contemporánea se llena de sentido y toma conciencia de sí mismo cuando se le pone ante el espejo de su brillante pasado.

### 3.- El populismo y las puertas giratorias de la historia

Las banderas, emblemas y logotipos de estos partidos proporcionan ya algunas claves sobre su relación con la historia nacional, según una lógica discursiva que lleva al populismo a transitar del presente al pasado, y viceversa, con la misma facilidad con que una puerta giratoria permite salir de un lugar y volver a entrar en él. Los colores preponderantes en su simbología obedecen en muchos casos a razones históricas relativamente fáciles de desentrañar. El inventario que presenta el Gráfico III de este trabajo muestra, por un lado, la notable diversidad cromática que preside la paleta del

---

<sup>19</sup> FAYE, Jean-Pierre: *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Ed. Taurus, 1974, p. 596.

populismo europeo hacia 2020 y, por otro, un claro predominio del azul y del rojo, en este orden. La disparidad coincide con un fenómeno alejado en el tiempo, como son los movimientos de camisa del periodo de entreguerras, con los que los populismos actuales guardan algunas similitudes. En aquel caso, la diversidad de colores que teñían las camisas de estas organizaciones paramilitares, imbuidas, por lo general, del espíritu totalitario de los años veinte-treinta, respondía al afán de distinguirse de los demás y evitar así que pudieran parecer mera imitación de organizaciones extranjeras, tales como los *camicie nere* italianos o los camisas pardas del nazismo<sup>20</sup>.

Los populismos europeos de principios del siglo XXI, próximos muchos de ellos a un nacionalismo xenófobo, buscan igualmente diferenciarse de los demás adoptando, en ocasiones, colores e imágenes ajenos a cualquier tendencia o influjo foráneo. Tal es el caso del naranja que identifica al Fidesz húngaro, del amarillo + morado del UKIP británico o del verde de Vox. Pero, al final, como ocurría con los antiguos movimientos de camisa, el afán de originalidad se ve en gran medida contrarrestado por corrientes de fondo que favorecen a determinados colores. Si en la moda paramilitar de entreguerras triunfaron el verde y el azul, en los populismos actuales destacan el azul y el rojo. Podría parecer el resultado de una vieja inercia cromática derecha/izquierda que viene de tiempo atrás, y, en efecto, así ocurre con el Radnička Partija en Montenegro, Die Linke en Alemania y Syriza en Grecia, partidos de izquierdas que toman su rojo característico del acervo simbólico del movimiento obrero. El último partido citado recurre además a una tricolor formada por tres banderas superpuestas, roja, verde y morada, como expresión de la triple identidad de la izquierda del siglo XXI: obrera, ecologista y feminista, con predominio aparente de la primera, que figura en primer plano y que se ve reforzada por una estrella de cinco puntas, aunque amarilla en vez de roja, como en la antigua iconografía socialcomunista. En otros casos, la correlación entre ideología y color pasa por el tamiz de la tradición identitaria plasmada en la bandera nacional. Esta translación cromática de la enseña del país a la simbología del partido resulta patente en Forza Italia (verde/blanco/rojo), el Frente Nacional francés (azul/blanco/rojo), la CUP catalana (“estelada” sobre fondo amarillo), el JOBBIK húngaro (rojo/blanco/verde), el Hrvatska Stranka croata (HSP; emblema nacional con las siglas del partido), el

---

<sup>20</sup> FUENTES. Juan Francisco: “Shirt Movements in Interwar Europe: A Totalitarian Fashion”, *Ler História*, 72, 2018, pp. 151-173.

Alternativ Demokratesch Reformpartei luxemburgués (ADR, rojo/blanco/azul) y el Sverigedemokraterna sueco (SD; azul y amarillo).

La prevalencia del azul –“la couleur préférée des Européens depuis le XVIII siècle”, según Michel Pastoureau<sup>21</sup> obedece asimismo a su vinculación con ideologías conservadoras –“un vêtement bleu n’est jamais subversif”<sup>22</sup>, como la democracia cristiana. En ocasiones, su presencia en logotipos, enseñas y escenografías de los partidos populistas va acompañada del rojo, un factor que contribuye a que este color ocupe el segundo lugar entre los predilectos de los populismos del siglo XXI. La combinación rojo/azul, inspirada en algunos casos, como se ha visto, en la propia bandera nacional, tiene la virtud añadida, más allá de sus posibles reminiscencias patrióticas, de producir una sensación de eclecticismo político muy del gusto de los *catch-all parties* y, en particular, de los movimientos populistas, que hacen del uso de colores opuestos una parte de su estrategia en la captación de apoyos procedentes de los distintos segmentos de la pirámide social y de ambos extremos del arco político.

Pese a su singularidad, el morado preponderante en la simbología de Podemos – un color que solo encontramos, junto al amarillo, en el UKIP británico– compendia los principales ingredientes del discurso simbólico del populismo: novedad, versatilidad y apelación al pasado. En primer lugar, pretende transmitir a la ciudadanía el mensaje disruptivo de un partido nuevo, que rompe con los códigos de la vieja política –también los cromáticos–. Ni rojo ni azul, aunque más próximo al primero, el morado es una síntesis superadora de la dialéctica derecha/izquierda, que el primer Podemos consideró obsoleta. En segundo lugar, retoma una vieja “tradición inventada” que hizo de la revuelta comunera contra Carlos V, simbolizada por el pendón morado de Castilla, el punto de arranque de la secular lucha del pueblo español contra sus opresores. Con ese imaginario historicista, muy presente ya en los inicios de la revolución liberal y origen de los “comuneros” del Trienio (1820-1823), entroncan el tafetán morado que le costó la vida a Mariana Pineda en 1831 y la tercera franja de la bandera oficializada por la Segunda República en 1931. En el color morado, solo o en la tricolor republicana, que abunda en los actos del partido, confluyen, pues, una idealizada interpretación de las Comunidades de Castilla, acorde con la mitología del primer liberalismo español, una

---

<sup>21</sup> PASTOUREAU, Michel: *Les couleurs de nos souvenirs*, París, Éditions du Seuil, 2010, p. 138.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 35.

versión protorrepblicana y prefeminista de Mariana Pineda y una recreación utópica de la Segunda República como *locus amoenus* de la historia de España, aquel momento fugaz en que el pueblo español ejerció su soberanía sin usurpaciones ni cortapisas. La reciente adopción del morado por el movimiento feminista internacional, utilizado ya a principios del siglo XX por algunas organizaciones sufragistas, acabó de cerrar el círculo virtuoso –como su logotipo– formado por los distintos componentes ideológicos de Podemos, al menos hasta su llegada al gobierno: asambleísmo, como decantación de un genuino poder popular, feminismo y república, junto a un vago federalismo centrífugo identificado con la revuelta de las ciudades castellanas contra Carlos V. Todo un pasado mítico de la España que pudo ser y no fue acaba confluyendo en la Segunda República y en el Frente Popular de 1936 como el modelo que debe seguir el pueblo en la recuperación de sus derechos frente a la “casta” que ha gobernado en su nombre desde la Transición.

La nostalgia de un pasado mítico y la amalgama de referentes históricos diversos y hasta contradictorios son frecuentes en los populismos del siglo XXI, como lo fueron antes en los nacionalismos del XX, con los que guardan una notable semejanza. Si Vox ha hecho de Don Pelayo y El Cid trasuntos de una España dispuesta a reconquistar su unidad, su fe y su gloria –carteles con la imagen de uno u otro, actos en Covadonga, mítines ante la estatua de Don Pelayo–, la Lega Nord italiana utiliza en su logo la figura de Alberto da Giussano, legendario caudillo de la revuelta lombarda contra Federico Barbarroja en el siglo XII. En él se encarna el espíritu combativo que anima a la Lega frente a quienes oprimen, desde Roma o desde el sur, a la moderna “Padania”, al igual que el Sacro Imperio Romano Germánico pretendió sojuzgar a la Lombardía medieval. Su antítesis es Giuseppe Garibaldi, padre de la unificación italiana, vilipendiado por ello en carteles de la Lega con un letrero de “Wanted: Dead or Alive” por “traffico di schiavi”, “attività mercenarie”, “pedofilia”, “genocidio e crimini di guerra”<sup>23</sup>.

La Edad Media proporciona otros ejemplos de un simbolismo *vintage* al servicio de las necesidades actuales de lo que Charles Maier llamó “populismo territorial”<sup>24</sup>. Un vikingo ilustra carteles del SD sueco contra la inmigración (“Bevara Sverige Svensk”: “Mantén una Suecia sueca”), Juana de Arco constituye una parte esencial de la

<sup>23</sup> Debo el conocimiento de este cartel a la amabilidad del profesor Andrea Donofrio.

<sup>24</sup> MAIER, Charles: “Democracy and Its Discontents”, *Foreign Affairs*, 73, núm. 4, 1994, pp. 61-63.

imaginiería nacionalista del FN francés y Podemos reivindica la historia de al-Andalus como ejemplo de multiculturalidad y progreso frente al fanatismo genocida de la España monárquica y cristiana en la Edad Media. En efecto, según una diputada de Unidas Podemos, que respondía así a una intervención de un parlamentario de Vox sobre la inmigración, “en España ya hubo una experiencia –no perfecta, pero sí enormemente rica– de multiculturalidad, al-Andalus. En al-Andalus convivían tres culturas: la musulmana, la judía y la cristiana. Fue la monarquía hispánica la que provocó una enorme invasión –eso sí fue una invasión–, genocidio y ocultación”<sup>25</sup>. He aquí una original forma de populismo territorial, utópico y ucrónico al mismo tiempo, que sitúa en un pasado remoto y en un espacio difuso una experiencia civilizatoria que sirve de contraejemplo frente a un presente inicuo. A un lado, la lección de tolerancia y convivencia de al-Andalus; al otro, la naturaleza genocida de la “monarquía hispánica”. Concebir la España musulmana como una lejana precuela de la Segunda República es una fantasía historicista cargada de posibilidades. Todo se andará.

Conviene detenerse en el culto que el Frente Nacional rinde a Juana de Arco y en el lugar que su leyenda ocupa en el gran puzle simbólico construido por el FN a lo largo de su medio siglo de historia, en un esfuerzo por adaptarse a las nuevas exigencias de los tiempos y ampliar su base social y electoral. Esta legendaria figura de la Francia medieval aúna tradición católica, nacionalismo francés y anglofobia, un elemento que probablemente explique su exaltación a símbolo nacional en 1803, en plena lucha entre Inglaterra y la Francia napoleónica por la hegemonía mundial. Durante la Segunda Guerra Mundial, Juana de Arco fue incorporada por el régimen de Vichy a su santoral político, aunque en su largo recorrido histórico ha sido reivindicada por los más diversos movimientos e ideologías<sup>26</sup>, desde Action Française hasta el Partido Comunista –de “paysanne de France, abandonnée par son roi et brûlée par l'Église”, la calificó en 1949 su secretario general, Maurice Thorez–<sup>27</sup>. Ya en 1988, el FN asoció su figura a la fiesta del 1º de Mayo, celebrada desde entonces en un mitin anual de su fundador, Jean-Marie Le Pen, ante la estatua de bronce dorado situada en la Place des

---

<sup>25</sup> Intervención de la diputada de Unidas Podemos Isabel Franco en el Congreso de los Diputados el 3 de febrero de 2021 (*Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Pleno y Diputación Permanente, 3 de febrero de 2021, p. 56).

<sup>26</sup> LE BERRE, Aline; COUSSEAU, Vincent, y GABAUDE, Florent (dirs.): *Jeanne politique: La réception du mythe de Voltaire aux Femén*, Limoges, PULIM, 2017.

<sup>27</sup> THOREZ, Maurice: *Fils du peuple*, París, Éditions Sociales, 1949, p. 118.

Pyramides de París. De esta forma, se revestía de un carácter tradicional y patriótico la gran efeméride de la clase trabajadora y, al mismo tiempo, se confería un sentido social a la *Pucelle d'Orléans*, una ósmosis simbólica relativamente frecuente en la relación especular que los movimientos y regímenes políticos establecen con la historia.

En el acto celebrado por el FN el 1º de Mayo de 2013 se aprecia con particular nitidez esa continua rotación entre el pasado y el presente que practica el populismo. Tras el desfile de sus seguidores por el centro de París, el mitin final, protagonizado ya por Marine Le Pen, no tuvo lugar, como en ocasiones anteriores, junto a la estatua de la santa, sino en la Place de l'Opéra, cuya fachada principal quedó parcialmente oculta por la gran pantalla que, en tonos azulados y amarillos, sirvió de fondo al escenario. Junto al lema “Le Peuple [sic] d'abord”, en azul y grandes caracteres, se distinguían la imagen de Juana de Arco con espada y armadura, la silueta dibujada de una masa anónima que agitaba banderas, pancartas y bufandas, como si de un acontecimiento deportivo se tratara, y el logotipo del partido: una delgada llama ascendente con los colores de la bandera nacional, la misma que, frente al escenario, ondeaba una enfervorecida multitud de carne y hueso. El canto de *La Marsellesa* por parte de los asistentes completó este paseo por el presente y el pasado de Francia, o, para ser más exactos, por los problemas del presente y las glorias del pasado. Mientras la oradora enumeraba y hacía suyas las razones del descontento social –la clase política, la austeridad y la sumisión a Bruselas, a Berlín y a los poderes financieros–, la escenografía evocaba una historia variopinta, pero reconfortante, de unidad y plenitud nacional.

En ese espacio simbólico conviven la Francia católica y la republicana, la primera representada por Juana de Arco y la segunda por *La Marsellesa* y la bandera tricolor. La fecha conmemorada apela a su vez a la memoria y al orgullo de la clase trabajadora, destinataria del mensaje de redención social defendido por el FN frente a los poderes financieros y la globalización. La apropiación de la tradición republicana –la tricolor, *La Marsellesa* y Marianne como símbolos nacionalistas<sup>28</sup> y obrera –“Jaurès aurait voté Front National”, proclamaba un pasquín electoral del partido en 2009– no impide, sin embargo, que la vieja simbología ultraderechista asome aquí y allá en la parafernalia propagandística del FN, desde la imagen *retro* y fuertemente militarizada de

---

<sup>28</sup> Cartel de Marianne, presentada como víctima –gorro frigio, ojo amoratado, semblante triste– de los abusos de la Unión Europea, con el lema “L'Europe fait mal”, para las elecciones europeas de 2009.

Juana de Arco que presidía la escena en 2013, hasta la llama tricolor del logotipo del partido, tomada ostensiblemente del neofascista Movimiento Social Italiano<sup>29</sup>.

Si el mitin anual del 1º de Mayo convierte el marco de su celebración en un parque temático del imaginario del Frente Nacional, el desfile de la victoria en la Plaza Roja de Moscú contiene un exhaustivo repertorio de los símbolos y lugares de memoria del nacional-populismo ruso liderado por Vladimir Putin. Tomaremos como fuente para su estudio el vídeo oficial del desfile del 9 de mayo de 2015<sup>30</sup>, conmemorativo del 70º aniversario del triunfo sobre el III Reich, aunque el contenido y el desarrollo del acto, su puesta en escena y la realización televisiva apenas difieren de un año a otro. Llama la atención, más aún que en el caso del FN francés, la capacidad para integrar en un mismo discurso simbólico elementos antitéticos como la bandera tricolor zarista y la roja soviética, con la hoz y el martillo, que desfilan juntas al principio y ocupan un lugar preferente durante la parada militar, o el actual escudo con el águila bicéfala, recuperado de la etapa zarista, y la estrella roja de cinco puntas, que aparece con profusión en la escenografía y en las gorras militares de algunos asistentes.

Destaca el protagonismo del antiguo himno soviético, que pasó a ser el de la Federación Rusa tras un fallido intento de sustitución, y que se interpreta entre salvas de artillería al finalizar el discurso de Putin. Son frecuentes asimismo las remisiones a la tradición histórica y religiosa de la Rusia “eterna”, como la estatua de *Minin y Pozharsky*, héroes de la liberación de Moscú en 1612; la cinta de San Jorge, condecoración instituida en 1769 y en desuso bajo el comunismo, que luce el propio Putin, además de numerosos militares y miembros del público, o la imagen del general y ministro de Defensa Serguéi Shoigú, justo antes de iniciar la revista a las tropas, santiguándose bajo un icono de Cristo que figura en una puerta de la torre Spasskaya, retirado tras el triunfo de la revolución en 1917 y restituido en su antiguo emplazamiento en 2010. La minuciosidad con que las cámaras de televisión se detienen en estos detalles sugiere la existencia de un canon perfectamente establecido, que suele repetirse un año tras otro y que teje en torno al desfile de la victoria una trama simbólico-narrativa sin cabos sueltos ni margen para la improvisación. De la Gran Guerra Patria de 1941-1945, motivo de la

---

<sup>29</sup> IGOUNET, Valérie, y PICCO, Pauline: “Histoire du logo de deux ‘partis frères’ entre France et Italie (1972-2016)”, *Histoire@Politique* [en línea], nº 29, mayo-agosto de 2016, [www.histoire-politique.fr](http://www.histoire-politique.fr) (consultado el 21 de abril de 2022).

<sup>30</sup> Disponible en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=kDFVNHlBE7U>.

conmemoración, proceden parte del armamento exhibido y de los uniformes que visten algunas unidades y el himno *La guerra sagrada*, que acompaña el solemne traslado de las dos banderas –la actual y la soviética– al inicio del acto y que fue compuesto al comienzo de la invasión alemana en junio de 1941. Tal sería la edad dorada en la que se encuentran y hermanan la Rusia tradicional, la Unión Soviética y la actual Federación Rusa, imbuidas de una idea mesiánica de su destino como nación que ha sobrevivido a cambios políticos muy profundos. El propio Stalin, adulado por los suyos con el viejo término *vozhd* (caudillo), habría reconocido la continuidad histórica existente entre la Rusia anterior y posterior a 1917, según palabras recogidas en su diario por el dirigente de la III Internacional Georgi Dimitrov: “Los zares rusos hicieron muchas cosas mal. (...) Pero hicieron una cosa buena: crearon un enorme Estado, (...) que nosotros hemos heredado. Y, por primera vez, nosotros, los bolcheviques, hemos consolidado y reforzado ese Estado como un Estado unido e indivisible”<sup>31</sup>.

Si interpretamos el desfile de la Plaza Roja como un espectáculo histórico de tipo nacional-populista, sorprende la ausencia de grandes multitudes –es decir, de pueblo– arrojando el acto, incluso teniendo en cuenta su formato esencialmente televisivo. En rigor, el público se limita a los invitados que ocupan la tribuna oficial, entre los que destaca una selecta representación de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, con sus uniformes, insignias y medallas, junto a jóvenes y sobre todo niños vistiendo igualmente prendas militares de aquella época. Ahí, en el contraste generacional y, a la vez, en la continuidad de unos símbolos que pasan de abuelos a nietos, radica una formidable idea de pueblo que escapa a una visión superficial de la puesta en escena. No es una masa amorfa que se extienda horizontalmente por el amplio recinto de la Plaza Roja, sino un pueblo estructurado verticalmente, representado, en la parte superior de la pirámide de edad, por los abuelos y bisabuelos, uniformados y condecorados, que lucharon en la guerra y, en la parte inferior, por niños, en muchos casos de corta edad, que visten uniformes del Ejército Rojo, con su estrella de cinco puntas en la gorra. Uno de ellos muestra orgulloso el retrato de un familiar fallecido (1922-2002), héroe de aquella gesta, a tenor de las medallas que cuelgan de su

---

<sup>31</sup> “The Russian tsars did a great deal that was bad. (...) But they did one thing that was good – they amassed an enormous state. (...) We have inherited that state. And for the first time, we, the Bolsheviks, have consolidated and strengthened that state as a united and indivisible state”; DIMITROV, Georgi: *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, introduced and edited by Ivo Banac, New Haven and London, Yale University Press, 2003; entrada del 7 de noviembre de 1937, p. 65.

americana. Una vez más, el énfasis de la realización televisiva en estas imágenes indica un propósito inequívoco de convertir la evocación de la guerra en un plebiscito cotidiano en el que los vivos y los muertos reafirman su pertenencia a una comunidad indivisible e imperecedera. El carácter anónimo de esos héroes y de quienes honran su recuerdo resalta el significado de la Gran Guerra Patria como epopeya y el liderazgo espiritual de Putin como custodio de una memoria colectiva a la que da voz en su discurso, con pasajes como este:

“Queridos veteranos: sois los principales héroes de la gran victoria. Lo que hicisteis vosotros hizo posible la paz de la que disfrutaron muchas generaciones. Hoy, vuestros hijos, nietos y bisnietos continúan lo que vosotros hicisteis. Trabajando por el futuro de su país, sirven a la patria afrontando los modernos desafíos y asegurando el desarrollo de nuestra patria”<sup>32</sup>.

Frente al protagonismo de los héroes anónimos, cabe destacar la obligada ausencia en la iconografía y la retórica del acto de los héroes oficiales de entonces, empezando por Stalin, reivindicado por un sector de la Rusia actual, probablemente no tanto en su condición de líder comunista como por vincularlo con un momento irrepetible de exaltación nacional. Como en el caso del dictador soviético, los populismos europeos del siglo XXI mantienen una relación ambivalente y a veces incómoda con la historia reciente, en particular con la memoria de la Segunda Guerra Mundial –o de la Guerra Civil española– y de los líderes políticos asociados a ella o encumbrados por la victoria comunista en el centro y el Este de Europa. Una galería histórica formada con sus retratos y biografías tendría mucho de santoral y bestiarario.

#### 4.- *Damnatio memoriae*, rehabilitación y fetichismo

El artículo de Daniele Caramani y Luca Manucci “National Past and Populism: The Re-elaboration of Fascism and Its Impact on Right-wing Populism in Western Europe”<sup>33</sup> y el libro de Xosé M. Núñez Seixas *Guaridas del lobo*<sup>34</sup> han planteado recientemente la ambivalencia con la que los nuevos populismos y nacionalismos

<sup>32</sup> Texto tomado de la transcripción subtitulada en inglés que figura en el vídeo oficial del acto, cit. supra.

<sup>33</sup> CARAMANI, Daniele, y MANUCCI, Luca: “National Past and Populism: The Re-elaboration of Fascism and Its Impact on Right-wing Populism in Western Europe”, *West European Politics*, nº 42 (6), 2019, pp. 1159-1187; disponible online: <https://doi.org/10.1080/01402382.2019.1596690> (consultado el 26 de abril de 2022).

<sup>34</sup> NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: *Guaridas del lobo. Memorias de la Europa autoritaria, 1945-2020*, Barcelona, Editorial Crítica, 2021.

Europeos se relacionan con un pasado problemático, ligado a los totalitarismos de entreguerras y a las dictaduras subsiguientes. Ahora bien, mientras los dos primeros autores limitan su estudio al fascismo y al colaboracionismo en Europa occidental y a su rehabilitación por la extrema derecha populista, Núñez Seixas aborda el tema desde la perspectiva general de la memoria de los dictadores europeos de toda condición y de la incomodidad, pero también de la nostalgia, que provoca su recuerdo. La *damnatio memoriae* instaurada oficialmente por los Estados democráticos se ha visto desmentida en ocasiones por la asunción, al menos parcial, de un legado autoritario por parte de un populismo deliberadamente ambiguo.

A los partidos y regímenes nacional-populistas que proliferaron en el centro y Este de Europa tras la caída del Muro de Berlín se les podría aplicar, en no pocos casos, el modelo establecido por Caramani y Manucci para la extrema derecha en Europa occidental. De las cuatro “estrategias de reelaboración del pasado” señaladas por estos autores, a saber, culpabilización, heroización, cancelación y victimización<sup>35</sup>, las dos últimas y hasta cierto punto la segunda –la heroización– valdrían también para explicar la actitud del populismo poscomunista respecto a la experiencia totalitaria en su doble dimensión: el colaboracionismo pronazi en la Segunda Guerra Mundial y las complicidades urdidas por el comunismo soviético en la Europa del Este durante la Guerra Fría. El caso, ya analizado, de la Rusia de Putin sugiere una visión del pasado discretamente proclive a la etapa comunista, sin llegar a la reivindicación explícita de Stalin protagonizada por un sector del ultranacionalismo ruso, que ha llegado a utilizar en sus actos públicos el retrato del dictador junto a la bandera zarista<sup>36</sup>.

A uno y otro lado del antiguo telón de acero, abundan los ejemplos de “heroización” de destacados colaboracionistas con el fascismo o con el comunismo, en algunos casos reconocibles en la figura del “traidor patriótico”, aquel que supuestamente renunció a su gloria personal sirviendo al invasor para salvar a su país del trance de desaparecer. Es el modelo que encarnó en la Francia ocupada el mariscal Pétain<sup>37</sup>, referente histórico desde entonces de una extrema derecha de tipo fascistoide que llega hasta el Frente Nacional, por lo menos durante la larga etapa en que fue

<sup>35</sup> CARAMANI, Daniele y MANUCCI, Luca: “National Past and Populism: The Re-elaboration of Fascism and Its Impact on Right-wing Populism in Western Europe”, pp. 1165-1166.

<sup>36</sup> NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Guardias del lobo*, p. 457.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 310-313.

dirigido por Jean-Marie Le Pen. El nuevo liderazgo desempeñado desde 2011 por su hija, Marine Le Pen, culminado en un cambio de nombre del partido (Rassemblement National), ha supuesto un claro distanciamiento de las veleidades pétainistas del fundador al tiempo que reforzaba el peso de la simbología republicana entre sus señas de identidad. En su apuesta por un nacional-populismo de amplio espectro, parece lógico que el partido se desmarcara de un pasado divisivo, asociado a la derrota militar de 1940 y a la humillante experiencia del gobierno de Vichy, porque tales antecedentes hacían muy difícil cumplir con los “rituales de unanimidad” propios de estos movimientos políticos. Por el contrario, la tradición republicano-jacobina proporcionaba una concepción ultranacionalista de Francia, hacia dentro y hacia fuera; un laicismo militante, que podía usarse contra el islamismo, y un conjunto de símbolos de gran arraigo entre sectores sociales muy diversos. Frente a la pasada tentación neopétainista, la última etapa del Front National/Rassemblement National obedece al convencimiento de que el populismo francés, si quiere alcanzar el poder, será republicano o no será.

Otros partidos de este cariz han sucumbido también en algún momento a la tentación de justificar a quienes lideraron a sus pueblos en los tiempos oscuros. Silvio Berlusconi, fundador de Forza Italia, se descolgó en 2013 con una apología de Mussolini –“hizo cosas buenas”–<sup>38</sup> que causó escándalo en los medios nacionales e internacionales, y Roberto Canali, elegido en 2019 alcalde de Pradoppio por una candidatura afín a la Lega Nord, anunció su propósito de mantener abierta la cripta del Duce en su ciudad natal y de crear un museo que pudiera contar “aquel periodo histórico superando pros, contras [y] divisiones”<sup>39</sup>. En Portugal, el nuevo partido populista Chega, fundado en 2019, ha hecho suyo el lema de la dictadura de António Salazar, “Dios, Patria, Familia y Trabajo”<sup>40</sup>, aunque su líder, André Ventura, haya negado cualquier vinculación política o sentimental con el salazarismo. En Hungría, el populismo ultraconservador y el propio primer ministro, Viktor Orbán, han defendido el papel desempeñado por el almirante y regente Miklós Horthy en los años treinta y cuarenta, pese a su alianza con

---

<sup>38</sup> Declaraciones recogidas por multitud de medios, por ejemplo, por la BBC: “Berlusconi praises Mussolini on Holocaust Memorial Day”, 27 de enero de 2013 (<https://www.bbc.com/news/world-europe-21222341>).

<sup>39</sup> NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Guaridas del lobo*, p. 219.

<sup>40</sup> “Ventura adapta lema de Salazar: ‘Deus, pátria, família e trabalho’”, *Diário de Notícias*, 28 de noviembre de 2021.

el III Reich alemán, e incluso al más abiertamente pronazi Ferenc Szálazi<sup>41</sup>. Lo mismo cabe decir del actual Partidul România Mare al justificar a Ion Antonescu, *Conducător* rumano durante la Segunda Guerra Mundial; del Bloque Flamenco belga en su defensa del notorio colaboracionista Gustav de Clerq; del HSP croata y su rehabilitación del líder de la Croacia pronazi Ante Pavelić y del Partido Nacional Eslovaco (*Slovenská Národná Strana*) en relación con la controvertida figura del cardenal Jozef Tiso, responsable del Estado títere implantado por la Alemania nazi durante la guerra.

Hay motivos, pues, para vincular a un sector significativo del nacional-populismo europeo con ideologías y regímenes que, directa o indirectamente, remiten al fascismo y al colaboracionismo pronazi. Que en este espacio político abunden las formaciones surgidas en la antigua Europa comunista, en la mayoría de los casos tras el fin de la Guerra Fría, explica en parte su indulgencia con quienes en la Segunda Guerra Mundial simbolizaron la alianza con la Alemania nazi. Reciente aún la experiencia de la dominación soviética, el populismo del centro y del Este de Europa puso el acento en el firme anticomunismo de los líderes colaboracionistas y dejó en un segundo plano su complicidad con el III Reich, justificada en todo caso por dolorosas circunstancias impuestas desde fuera –la “victimización” de la que hablan Caramani y Manucci–<sup>42</sup>. Su rehabilitación se veía favorecida asimismo por el hecho de haber encarnado en los años treinta y cuarenta un Estado nacionalista en ciernes en países jóvenes con escasa o nula tradición democrática. Esta es la razón por la que, a diferencia del FN francés, el HSP croata o Fidesz en Hungría no pueden recurrir a un imaginario liberal-republicano como origen del Estado-nación que inspira su proyecto.

No obstante, más allá de los casos citados, que trazan una línea de puntos más o menos tupida entre el nacionalismo de entreguerras y el nuevo populismo conservador, hay excepciones significativas que revelan a veces consensos inesperados. El mariscal Piłsudski, consagrado como padre de la patria por el actual nacional-populismo polaco, fue reivindicado en los años ochenta tanto por el sindicato Solidaridad en su lucha contra el comunismo como por el gobierno del general Wojciech Jaruzelski en su intento por “nacionalizar” al tambaleante régimen comunista y borrar el estigma del

---

<sup>41</sup> NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Guaridas del lobo*, pp. 347-354.

<sup>42</sup> CARAMANI, Daniele y MANUCCI, Luca: “National Past and Populism: The Re-elaboration of Fascism and Its Impact on Right-wing Populism in Western Europe”, pp. 1165-1166.

colaboracionismo prosoviético. La popularidad de la que goza en Finlandia el mariscal Mannerheim, que gobernó el país con mano de hierro en la etapa de entreguerras y combatió a la URSS durante la Segunda Guerra Mundial, trasciende con mucho el ámbito populista propio del Partido de los Finlandeses<sup>43</sup>. El autoritario y ultraconservador Ioannis Metaxas, cabeza visible de la dictadura implantada en Grecia en 1936, inspiró al populismo de izquierdas griego en su campaña de 2015 contra las condiciones económicas impuestas por la Unión Europea en plena recesión. En el *oji* (no) de Alexis Tsipras, líder de Syriza y primer ministro griego, a la Unión Europea y a la canciller alemana Angela Merkel había un eco manifiesto del *oji* de Metaxas a Mussolini el 28 de octubre de 1940, rechazando el sometimiento del país a los planes anexionistas de la Italia fascista. Aquel episodio, que se conmemora todos los años el “Día del *oji*”, estaba tan presente en la Grecia de 2015 que, como señaló entonces un columnista de *Foreign Policy*, no hizo falta que Tsipras aludiera a Metaxas para que los griegos se acordaran de aquella gesta que alumbraba su camino setenta y cinco años después<sup>44</sup>.

Otros dictadores han generado también un recuerdo amable, relativamente transversal. Es el caso de Hoxha en Albania y Tito en Serbia –y hasta cierto punto en Croacia, su tierra natal–, más como mitos (re)fundadores de sus respectivos nacionalismos que, como antiguos líderes comunistas, en una evolución similar a la que Stalin ha experimentado en el imaginario del nacional-populismo ruso. El consenso puede ser asimismo negativo cuando una figura del pasado tiene la rara virtud de poner en su contra a todos los sectores de opinión, incluidos aquellos que podrían serle más propicios, como ocurre con Vidkun Quisling, el político que hizo de Noruega un Estado vasallo del III Reich alemán y cuyo apellido sirve de epítome del traidor a la patria. Convertido por su papel en la guerra en el antihéroe por excelencia y motivo de una *damnatio memoriae sin excepciones*, cada cual encuentra motivos para identificarlo con aquello que más detesta: demócratas y progresistas, con el colaboracionismo y el fascismo, y la extrema derecha populista y antieuropeísta, con la sumisión a un poder

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 292-298, y TEPORA, Tuomas: “The Image of Marshal Mannerheim, Moral Panic, and the Refashioning of the Nation in the 1990s”, en Ville KIVIMÄKI et al. (eds.), *Lived Nation as the History of Experiences and Emotions in Finland, 1800–2000*, London, Palgrave-Macmillan, 2021, pp. 349-372; disponible en línea: [https://doi.org/10.1007/978-3-030-69882-9\\_14](https://doi.org/10.1007/978-3-030-69882-9_14) (consultado el 29 de abril de 2022).

<sup>44</sup> GROLL, Elias: “For Greece, ‘Oxi’ Referendum Campaign Is Resonant of Anti-Nazi Resistance”, *Foreign Policy*, 3 de julio de 2015 (consulta en línea realizada el 28 de abril de 2022).

externo y con la presencia en Noruega de elementos indeseables, ajenos a la comunidad nacional –los nazis en el pasado, los musulmanes en la actualidad<sup>45</sup>.

La pulsión nostálgica del nacional-populismo y su añoranza de la unanimidad perdida suelen traducirse en un fetichismo *kitsch* que brilla con luz propia en el culto al viejo caudillo, ya sea como vestigio de una supuesta edad dorada o como expresión morbosa de un tiempo cargado de emociones fuertes. Las peregrinaciones fascistas a Pradoppio, en busca del recuerdo idealizado de Mussolini, y la floreciente industria que alimenta el turismo político en torno al Duce son un ejemplo de un fenómeno que afecta a dictadores de toda condición. Es la disneylandización del pasado<sup>46</sup>, la sustitución de la memoria por el *souvenir*, mediante el uso de determinados personajes y episodios históricos como atracción recreativa y fuente de inspiración de un imaginario *kitsch* en el que a menudo resulta difícil distinguir a “los buenos” de “los malos”. Los oscuros mecanismos de este culto banalizador pueden repetirse entre países e incluso entre personajes distintos, por muy lejos que estén entre sí y pese a representar ideologías opuestas. Así ocurre en Rumanía con el recuerdo de Antonescu y de Ceaușescu, el dictador comunista que inició en su día una suave rehabilitación del *Conducător* en clave nacionalista y que, devenido él mismo en reclamo turístico, encarnaría, en palabras de Núñez Seixas, “una suerte de Drácula rojo del siglo XX”<sup>47</sup>.

El turismo histórico ofrece, junto a su dimensión escapista y fabuladora, la posibilidad de acercarnos a personajes singulares, temibles en su momento, a los que el paso del tiempo ha recubierto de una pátina anecdótica, cuando no de un exotismo similar al de las grandes fieras en los parques zoológicos. El culto al pasado y a sus protagonistas más controvertidos no es exclusivo del populismo, pero su tendencia a identificar el presente con un mundo en decadencia lo hace más propenso a mantener una relación fetichista con un lejano *locus amoenus* y con quienes lo habitaban.

---

<sup>45</sup> NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Guardias del lobo*, pp. 308-309, y BANGSTAD, Sindre: “Norwegian Right-Wing Discourses: Extremism Post-Utøya”, en D. PRATT, R. WOODLOCK (eds.), *Fear of Muslims? International Perspectives on Islamophobia*, Cham, Springer, 2016, pp. 231-250; DOI:10.1007/978-3-319-29698-2\_14 (consultado en línea el 1 de mayo de 2022).

<sup>46</sup> La disneylandización del culto al dictador, en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Guardias del lobo*, pp. 518 y 566.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 519.

## 5.- Conclusiones: en busca del significado perdido

La sucesión de crisis desencadenadas tras el fin de la Guerra Fría y, especialmente, a partir del cambio de milenio impulsaron al populismo como alternativa al *statu quo* liberal, como había ocurrido ya en otros “momentos populistas”, tales como la llamada “primera globalización” a finales del siglo XIX o la quiebra de las democracias en el periodo de entreguerras, aunque entonces apenas pudo competir con la fuerza incontestable de los totalitarismos. Frente al desprestigio del tiempo presente que viene caracterizando al siglo XXI, el pasado se revalorizó como origen de nuevas certidumbres que permiten construir el futuro sobre la idea de una comunidad fuerte y homogénea, que se reencuentra metafóricamente en los “rituales de unanimidad”. Parafraseando el título de un ensayo de Adam Michnik sobre el desencanto político en la Polonia poscomunista<sup>48</sup>, la marcha que emprendieron los populismos “en busca del significado perdido” ayuda a entender su ventaja competitiva frente a los partidos clásicos cuando estos se quedan sin respuesta ante aquello que nos inquieta.

En los usos discursivos del pasado, lo más remoto es también lo más difícil de acreditar y, por tanto, lo más manipulable. Por eso, cuanto más alejado en el tiempo queda un episodio o un personaje histórico, ya sea Juana de Arco, Don Pelayo, los comuneros de Castilla, Alberto da Giussano o al-Andalus, más fácil es adaptarlo a las necesidades de un discurso político actual. De ahí la simbología *vintage* que salpica la propaganda populista en su empeño por presentar la “historia” –en realidad, un imaginario poblado de mitos y leyendas– como el espejo en el que debe mirarse “el pueblo”. En esos hologramas de una supuesta edad dorada encontrará inspiración para afrontar los grandes desafíos del presente y volver a ser quien fue: una nación unida y orgullosa, un imperio dominador, una comunidad multicultural y floreciente, un pueblo revolucionario... Lo que sea.

Más compleja resulta la atracción del populismo por episodios recientes y problemáticos, pertenecientes a un “pasado sucio” (Álvarez Junco, 2022), difíciles por ello de conciliar con el principio de unanimidad que rige su actuación. Aquí conviene

---

<sup>48</sup> El título de la versión original en polaco era *W poszukiwaniu utraconego sens* (Fundacja Zeszytów Literackich, Varsovia, 2007), traducido al inglés como *In Search of Lost Meaning: The New Eastern Europe* (Berkeley, University of California Press, 2011) y al español como *En busca del significado perdido. La nueva Europa del Este* (Barcelona, Acantilado, 2013).

prestar atención a la variada casuística de estos partidos y a las coordenadas geopolíticas y temporales en que surgieron, según la tipología que se establece en el epígrafe 2 de este artículo. La mayoría de ellos pueden situarse en el campo conservador –así lo sugiere también el azul predominante en su simbología– y, en particular, en una derecha nacionalista e iliberal ajena, cuando no contraria, al antifascismo originario de una democracia que habría usurpado el nombre del pueblo. El componente anticomunista de muchos de estos partidos les predispone a favor de personajes y regímenes de los años treinta y cuarenta que hicieron del anticomunismo la razón de ser de su papel histórico, al menos según un relato justificativo que tiende a relativizar su complicidad con el nazismo.

Pero de nuevo hay que distinguir en función de momentos y lugares que han ido orientando este discurso en distintas direcciones, a veces impredecibles. Mientras la izquierda populista se desmarcaba de algunos de los símbolos y tradiciones del movimiento obrero buscando una identidad más acorde con los nuevos tiempos, el populismo nacionalista se apropiaba de una parte del capital simbólico de la vieja clase obrera, cuyo descontento intenta capitalizar: el FN francés citando a Jaurès, el régimen de Putin haciendo suyos los símbolos de la URSS, el nacional-populismo serbio reivindicando la figura de Tito y, fuera de Europa, Donald Trump posando puño en alto en su toma de posesión como presidente de Estados Unidos –y en otras ocasiones–, como si se tratara de un brigadista internacional de la Guerra Civil española. Estos comportamientos ilustran lo que el populismo, como los partidos extremos en la Alemania de Weimar, tiene de herradura ideológica y su tendencia a compartir, mezclar e intercambiar símbolos políticos y precedentes históricos, convertidos en retórica y atrezo de su mensaje redentor.

Llama la atención el contraste entre el carácter polarizador y maniqueo de su discurso político y el sincretismo de su tratamiento de la historia, que puede llevarle a integrar en un relato común mitos y figuras de significado muy diverso. Su visión hiper crítica de la realidad actual, identificada con la corrupción, la globalización y la influencia perniciosa de algún agente exterior, desde la inmigración hasta la Unión Europea o España en el caso del nacional-populismo catalán, encuentra una válvula de escape en un pasado idealizado, que debe servir de modelo a una comunidad nacional extraviada por sus enemigos naturales. Recordarle sus mitos fundadores es una forma

de despertar su conciencia de pueblo, aletargada por el pensamiento dominante de las élites.

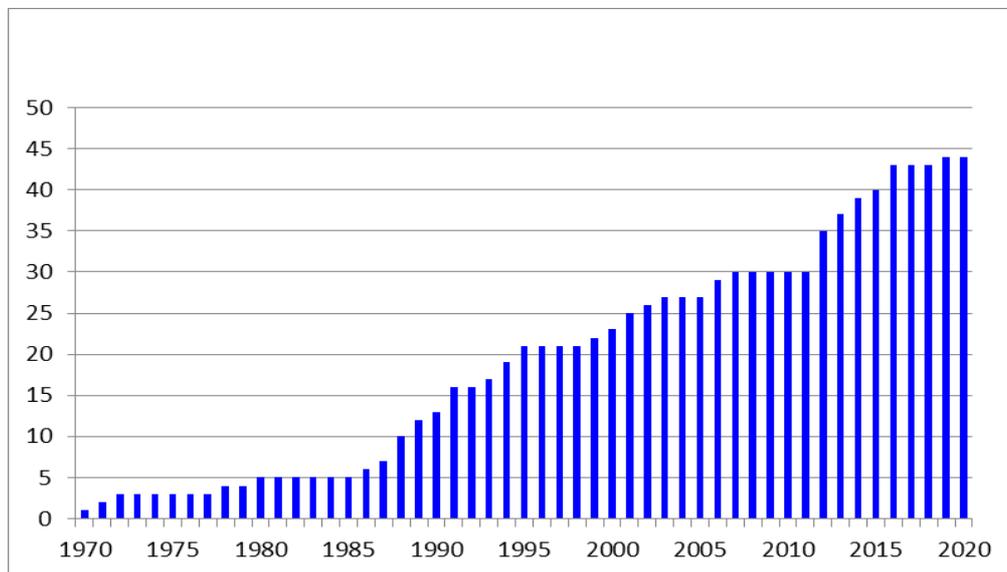
El populismo ha hecho, pues, del pasado un espectáculo movilizador y banalizador al mismo tiempo, un pastiche histórico lleno de disonancias, pero de probada eficacia a la hora de convertir las emociones en votos. Su capacidad para dar significado a lo insignificante contrasta con sus limitaciones teóricas y doctrinales, causa, al menos en parte, de los problemas de definición que veíamos al principio de este artículo. Todo indica que su déficit teórico y su superávit simbólico guardan una estrecha relación, como si lo segundo debiera y pudiera compensar lo primero. Más que una interpretación de la realidad, ha desarrollado una forma de percibirla que, como las teorías conspirativas, da sentido a un malestar difuso. Rosanvallon lo llamó “corrupción cognitiva” por su efecto deformante sobre la democracia, en particular cuando el discurso populista recurre abiertamente a la mentira.<sup>49</sup> Frente a la complejidad ofrece simplicidad; frente a la frustración y el miedo, una esperanza fundada en un voluntarismo político de raíz seudohistoricista: personajes ejemplares, gestas colectivas, símbolos imperecederos. Si, como dice el proverbio ruso que encabeza estas páginas, “el pasado es impredecible”, el uso que el populismo es capaz de hacer de él nunca dejará de sorprendernos.

---

<sup>49</sup> ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, p. 296.

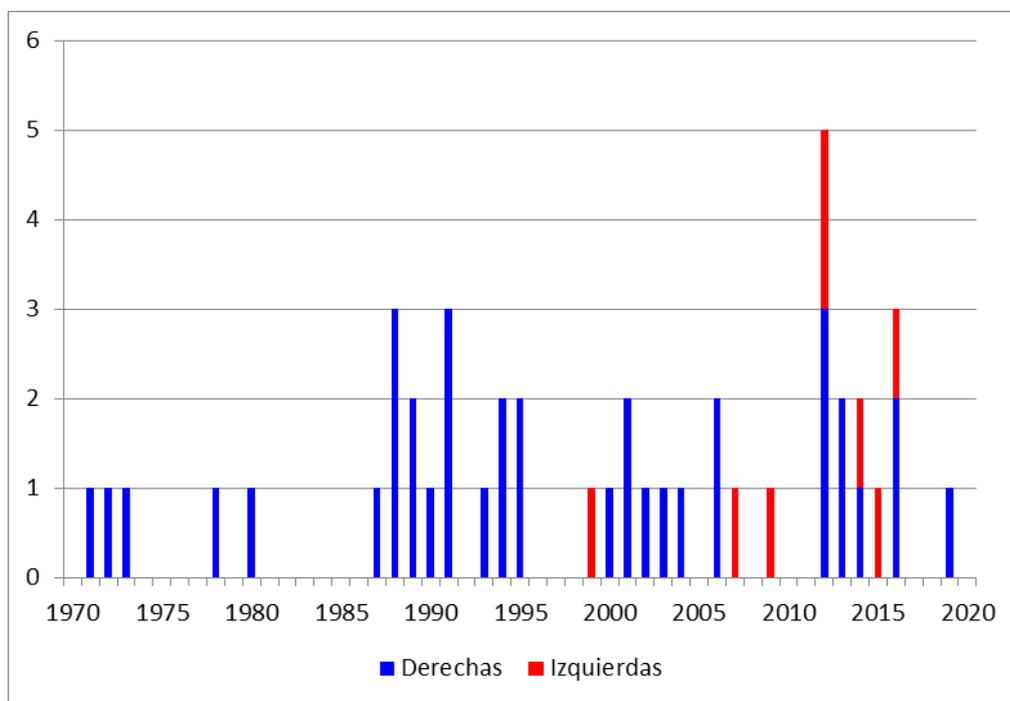
Gráficos

Gráfico I: Partidos populistas europeos acumulados por año



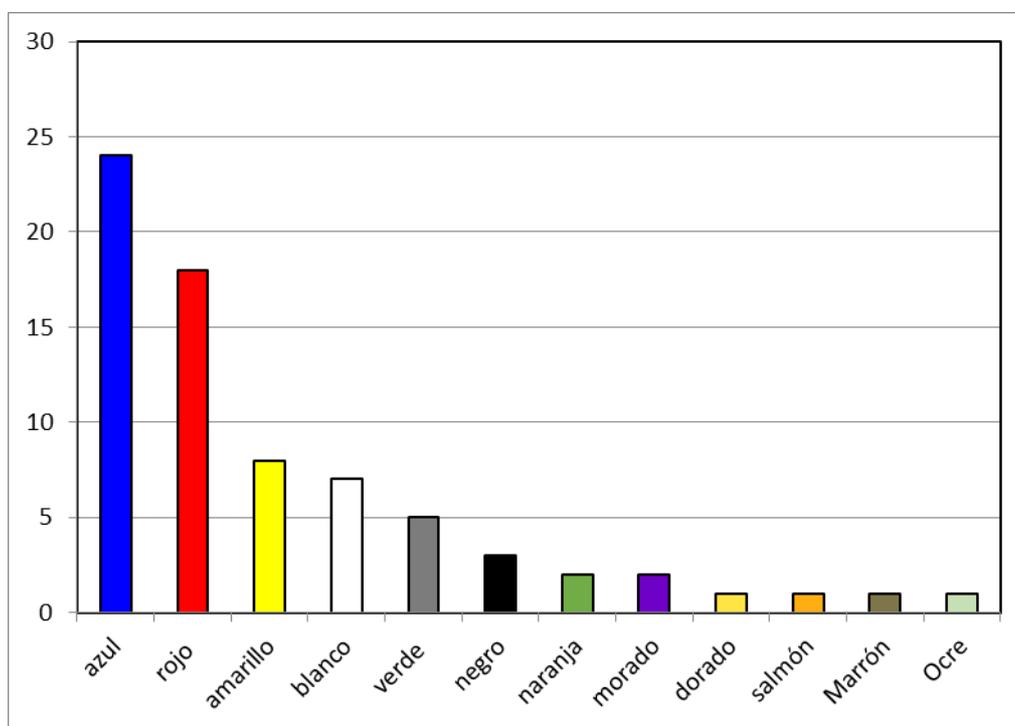
Fuente: Elaboración propia

Gráfico II: Partidos populistas europeos creados por año



Fuente: Elaboración propia

Gráfico III: Colores utilizados en las banderas y logotipos de los partidos populistas europeos de principios del siglo XXI



Fuente: Elaboración propia

## Bibliografía

ÁLVAREZ JUNCO, José: *Qué hacer con un pasado sucio*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2022.

BANGSTAD, Sindre: “Norwegian Right-Wing Discourses: Extremism Post-Utøya”, en D. PRATT, R. WOODLOCK (eds.): *Fear of Muslims? International Perspectives on Islamophobia*, Cham, Springer, 2016, pp. 231-250; DOI:10.1007/978-3-319-29698-2\_14.

CANOVAN, Margaret: “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies*, 47, nº 1, 1999, pp. 2-16, oi.org/10.1111/1467-9248.00184.

CARAMANI, Daniele y MANUCCI, Luca: “National Past and Populism: The Re-elaboration of Fascism and Its Impact on Right-wing Populism in Western Europe”, *West European Politics*, nº 42 (6), 2019, pp. 1159-1187; disponible online: <https://doi.org/10.1080/01402382.2019.1596690>.

DIMITROV, Georgi: *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, introduced and edited by Ivo Banac, New Haven and London, Yale University Press, 2003.

FAYE, Jean-Pierre: *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Ed. Taurus, 1974.

FUENTES, Juan Francisco: "Populism: The Timeline of a Concept", *Contributions to the History of Concepts*, nº 15 (1), 2020, pp. 47-68.

- "Shirt Movements in Interwar Europe: A Totalitarian Fashion", *Ler História*, 72, 2018, pp. 151-173.

GROLL, Elias: "For Greece, 'Oxi' Referendum Campaign Is Resonant of Anti-Nazi Resistance", *Foreign Policy*, 3 de julio de 2015 (en línea).

HACKING, Ian: *Historical Ontology*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2002.

IGOUNET, Valérie, y PICCO, Pauline: "Histoire du logo de deux 'partis frères' entre France et Italie (1972-2016)", *Histoire@Politique* [en línea], nº 29, mayo-agosto de 2016, [www.histoire-politique.fr](http://www.histoire-politique.fr).

KRASTEV, Ivan: "The Populist Moment", *Eurozine*, 18 de septiembre de 2007, <http://docplayer.net/36830848-Ivan-krastev-the-populist-moment.html>.

LACLAU, Ernesto: *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, Atlantic Highlands, N.J., Humanities Press, 1977.

LE BERRE, Aline; COUSSEAU, Vincent y GABAUDE, Florent (dirs.): *Jeanne politique: La réception du mythe de Voltaire aux Femmes*, Limoges, PULIM, 2017.

MAIER, Charles: "Democracy and Its Discontents", *Foreign Affairs*, 73, núm. 4, 1994, pp. 48-64.

MICHNIK, Adam: *En busca del significado perdido. La nueva Europa del Este*, Barcelona, Acantilado, 2013.

MUDDE, Cas: "The Populist Zeitgeist", *Government and Opposition*, nº 39 (4), 2004, pp. 541-63. doi:10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x. S2CID 67833953.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: *Guardias del lobo. Memorias de la Europa autoritaria, 1945-2020*, Barcelona, Editorial Crítica, 2021.

OLIVER, J. Eric Oliver; RAHN, Wendy M.: "Rise of the Trumpenvolk: Populism in the 2016 Election", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, nº 667 (1), 2016, pp. 189-206, <https://doi.org/10.1177/0002716216662639>.

PASTOUREAU, Michel: *Les couleurs de nos souvenirs*, París, Éditions du Seuil, 2010.

ROSANVALLON, Pierre: *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, París, Éditions du Seuil, 2020.

SPRUYT, Bram; KEPPENS, Gil y VAN DROOGENBROECK, Filip: "Who Supports Populism and What Attracts People to It?," *Political Research Quarterly*, 69, nº 2, 2016, pp. 335-346; doi: 10.1177/1065912916639138.

STIGLITZ, Joseph: *The Roaring Nineties. A New History of the World's Most Prosperous Decade*, New York, Norton, 2003.

TAGGART, Paul: *Populism*, Buckingham, Open University Press, 2000.

TAGUIEFF, Pierre-André: "Le populisme et la science politique: Du mirage conceptuel aux vrais problèmes", *Vingtième Siècle*, nº 56, octobre-décembre, 1997, pp. 4-33.

## FUENTES

TEPORA, Tuomas: “The Image of Marshal Mannerheim, Moral Panic, and the Refashioning of the Nation in the 1990s”, en Ville KIVIMÄKI et al. (eds.), *Lived Nation as the History of Experiences and Emotions in Finland, 1800–2000*, London, Palgrave-Macmillan, 2021, pp. 349-372; disponible en línea: [https://doi.org/10.1007/978-3-030-69882-9\\_14](https://doi.org/10.1007/978-3-030-69882-9_14).

THOREZ, Maurice: *Fils du peuple*, París, Éditions Sociales, 1949.